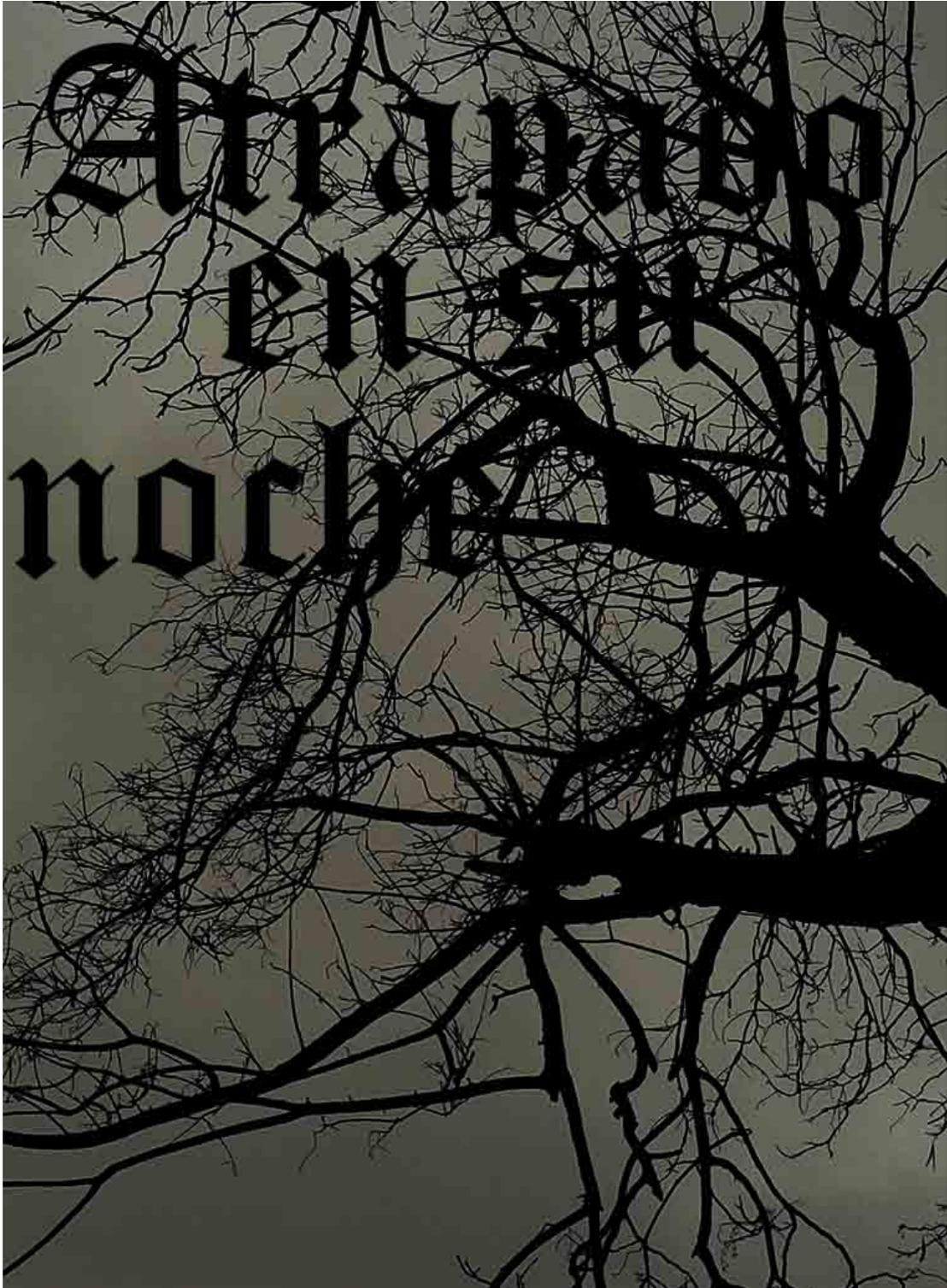


Atrapado en su noche

Adrián Bossio



Capítulo 1

Mi habitación entera envuelta por una oscuridad relativa. Un escritorio ataviado por una maraña desfachatada de libros, algunos títulos casi los adivinaba en la penumbra. Mis prendas colgadas de mala manera en una silla destartada, formando un bulto amorfo. Y el ventanal, mi gran ventanal, cubierto por una cortina que en esas penumbras se le desvanecía su triste bordó. Toda esa imagen se me formaba desde mi privilegiada ubicación, entumecido en una comodidad impropia.

Después de un desafortunado día, mi cuerpo yacía desparramado por todo el colchón, donde ahora sobraba espacio. Por encima de la silla destartada y en una perspectiva depravada, contemplaba el cuadro desvaído de desquiciadas pinceladas representando, creo yo, ruinas y cielos apocalípticos. En tal cielo fantaseé un rostro, de mujer, de largos cabellos ondulados, con gesto triste, diría. Por otro lado, afuera, el viento acicalaba los árboles incansablemente, e impetuosamente. Bajo su poder las hojas murmuraban entre ellas, y en coro gritaban, entre cientos, miles, ¡quién sabe cuántas! Apenas si podía discernir formas a partir de las sombras inconsistentes proyectadas en la cortina. Yo continuaba, sin saber de cuando, sin pegar un ojo. El viento iba y venía a un ritmo impredecible. Solo llegaban a mí el frenético siseo de cuantiosas hojas bailando al son de ráfagas que auguraban una noche tormentosa. No podía atestiguar el tiempo en el que me veía envuelto, aunque a la vera de mis sentidos solo palpaba un tiempo monótono e insípido. Hubiera podido fácilmente estirar el brazo y corroborar la hora en el celular, pero no, sin saber por qué, no lo hice, entregándome a un estado de sedación intermedia, a esperar con desdén el amanecer, arraigado a la almohada mientras contemplaba extrañas sombras. El viento no dejaba de zamarrear todo allá afuera, una y otra vez. Era como si el tiempo me transcurriera bajo una ilusión.

Presentía todo repetitivo. Los vaivenes irregulares del murmullo de las hojas, el movimiento fantasmagórico de las sombras. Un deja-vu constante en todo lo que me circundaba. Podía estar navegando inconscientemente por sueños clonados, engañado dentro de los mismos.

Pero no lo padecía. No. Al contrario, me acobijaba en ese trance. Que el amanecer apareciera significaba recobrar mi rutina, mis profundas dolencias, mis indisolubles problemas, enfrentarlos nuevamente. En cambio en este estado, permanecía en una posición distante, dejándome arrastrar como las hojas.

Una sensación, un adormecimiento, un sueño engañoso, o lo que fuere, lo percibía. Incluso alcanzaba a predecir cada momento cenit de esos bramidos, sus flancos descendentes, los tiempos de calma, era como escuchar una obra de Bach repetidamente, sin cesar, sin la menor pausa.

Y así decidí quedarme, en un remolino del espacio y el tiempo, en una desesperanza eterna, atrapando cada diminuta vibración del aire, cada uno de los fragmentos de las imágenes animadas en la cortina, cada

uno de mis pensamientos, cada una de mis vivencias que moraban en mi memoria. Todo multiplicado indiscriminadamente.

Lejos de esa vida impregnada de acritud y apresado en esa repetición desvergonzada de imágenes que atravesaban en un sinfín mis sentidos, en cada uno de los bramidos del viento. Las sombras en la penumbra me resultaban fructíferas y las conjugaba en absurdas formas, personificaciones, en interminables ramificaciones de mundos irreales.

Y apoyada, yacía, bajo sus acalambradas piernas sobre la arena, en medio de un desolado desierto, acechada por espantosas ruinas, desahuciada, sin nada en la nada misma. Imperiosamente necesita librarse de ese entorno, o pronto perecería, marchitándose como una rosa en tierras áridas. No había salida alguna, por más que corriera en cualquier dirección, solo hallaba desierto y ruinas. Agotada de intentarlo, se puso de rodillas y bajó la mirada a contemplar rendida la incandescente arena. Apenas si poseía fuerzas para mirar desesperanzadamente el horizonte ondulante. Y allí, por donde la pálida piel del desierto daba lugar al cielo, un caballo con trote solemne, se le ofrecía. Cada muslo le pesaba toneladas y la distancia amedrentaba, pero debía alcanzarlo como fuese. Y se decidió, valientemente. La mujer de cabello ondulado.

En estos senderos despojados de realidad algo me incomodaba. Como un intruso irrumpiendo una paz reinante. Y terminó inundándolo todo. Sin mi consentimiento, estaba allí, cubriéndome, inmiscuido en mi ser, en mi existencia. Transitaba conmigo esos senderos interminables. Los Infortunios de mi vida, nuevamente acechando, como apariciones fantasmagóricas. No los podía deshacer, y me preguntaba ¿Qué más harán de mí, después de todo el sufrimiento a que me sometieron?

Criteriosamente me acechaban, allá afuera, como una bruma amenazante detrás de un vasto ventanal. Jamás iban a desaparecer. Jamás me abandonarían e impondrían su presencia. Observándome, esperándome pacientemente. Multiplicándose por cada uno de mis senderos balsámicos.

Y, fue donde te hablé, desde mi sueño, <<i>Clara! El hondo pesar que has dejado en mí. ¡Cuánto de mí había puesto en ti! Y has demolido nuestro castillo, como si apenas fuese de arena>>. Tu presencia me atormentaba, en las sombras, risueña, casi burlesca. No podía evitar esas aguas, penetrando en lo más profundo de mis mundos. Hundido en esos mares de recuerdos, mares sin fin como esta noche, volvía a experimentarlos a través de un ayer renacido como el ave fénix. Continuaban ramificándose alevosamente como raíces, y yo los saboreaba, y me entregaba a ellos. Ella, ellos, yo, todos desnudos en el diáfano éter de mi conciencia. Por donde descubría puntillosamente uno a uno sus recovecos, relieves y texturas, sus más ínfimos detalles, desde los tallados a fuego hasta los enterrados como si jamás habrían existido.

Paulatinamente me fui transformando en un arqueólogo de mi vida, o un crítico empecinado en una obra, o un detective desentrañando un crimen, rincón por rincón, pieza por pieza, repasándolos una y otra vez a través de los bucles encadenados de esa espantosa iteración. Y tal como el arqueólogo descubre un fragmento crucial para entender la pieza

en su totalidad, o el crítico halla el aspecto endeble de la obra, o el mismo detective halla esa evidencia clave para dar con el autor del crimen, había descubierto el elemento mayor guardado en mi consciencia. Armando fragmento a fragmento hallé al verdadero autor de aquellos sucesos funestos. A partir de allí dejé de mirar a través del ventanal para centrarme en mí. Como el mismo artista que critica su propia obra. No fui otra cosa que el mismo principio de todas y cada una de mis desgracias... y las ajenas también. Para cada una había diseñado un chivo expiatorio que me exoneraba de toda culpa y responsabilidad, encegueciéndome en celos y en arrebatos.

Ahogado en penas surgí por medio de una conmoción reveladora. En ese momento una paz elocuente me cubrió. Emergí en un deseo incontrolable por salir a enderezar mis pasos fallidos, quebrar ese encanto aberrante. Y creí que jamás escaparía, y por la eternidad daría vueltas en círculos sobre una pequeña porción del tiempo y el espacio, autoflagelándome en cada ciclo, como una versión íntima y audaz del mismísimo infierno.

Te liberé... y me liberé. Y eso me fue suficiente. Al fin y al cabo resultó en una cuestión de ópticas. En mi encierro sistemático fue donde hallé la visión correcta. Y lo que en un momento se aventuraba como un suplicio se transmutó radicalmente en una enmendación, en una oportunidad, enviada como una lección divina. Transformando aquella necesidad de mantenerme acobijado en esa celda de los sentidos, a una urgencia por abandonarla. El horizonte había cambiado, los demonios habían desaparecido, y surgió un camino prodigioso.

La llave para dejar mi prisión estaba aquí, en mi interior. ¡Pareció tan sencillo...! Sin embargo llevaba una sutileza endemoniada. Precisé de un profundo mea culpa, para ir quebrantando, en una reacción encadenada, uno a uno los eslabones. Con una incipiente voluntad logré ponerme de pie, y de esa manera el tiempo volvería a transcurrir, mi mente emergería en la nueva realidad. Y la noche se difuminaría en un último suspiro.

Jamás había experimentado tanto deleite en comenzar un día, creo que hasta estoy sonriendo, enfrentado al espejo del baño. Como dos columnas, mis brazos me sostienen sobre el lavatorio. Ahí están. Mi cepillo con sus cerdas retorcidas, y el pomo deformado de la pasta dentífrica. Los observo con satisfacción. El tiempo está transcurriendo. Sin más, ahora me cepillaré los dientes, me bañaré, me vestiré.

De repente, algo irrumpe en el blanco fondo del lavatorio. Materializándose a la velocidad de la luz. Resisto, pero no. Es inútil. Un frasquillo y algunas pastillas diseminadas son suficientes. La revelación es elocuente, sin más termino aceptándolo. De modo que regresaré a mi cómoda cama. Ya le he escapado a la vida, pues ahora... le escaparé a la muerte.